



José Luis Abellán.

Historia sistemática del pensamiento español

PEDRO FERNAUD

HAY que decirlo ya al comienzo de esta recensión: "Historia crítica del pensamiento español" (1), de José Luis Abellán, es una obra culturalmente muy importante. Es cierto que la obra de Abellán tiene algunas lagunas teóricas y descriptivas en el largo camino de su empeño. Pero es su empeño mismo (historiar el pensamiento español en forma sistemática y rigurosa) el que merece el aplauso, y la admiración, y el apoyo. Es, naturalmente, una obra perfectible, pero es seguro que el que quiera marchar por los ca-

(1) Espasa-Calpe.

minos de la mejora y perfeccionamiento de la obra de Abellán ha de contar con ella como punto de partida inexcusable.

CONCIENCIA NACIONAL

Frente a algún renombrado profesor he de manifestar mi convicción de que uno de los mayores aciertos de "Historia crítica del pensamiento español" es su oportunidad histórica. Era aquí y ahora cuando había que redactarla y ponerla a disposición del público, en unos momentos de "vaciamiento" de la conciencia nacional y de sistemático desprestigio de la realidad espa-

ñola por tanto cacique seudointelectual suelto por la vieja piel de toro e islas adyacentes. Estamos sumergidos en un océano de mediocridad resentida, alguna de cuyas manifestaciones tenemos bien recientes, como el Congreso de Burgos de comienzos del verano pasado. En este sentido hay que decir que el franquismo —cuarenta años de agresión a la verdadera tradición intelectual de este país— ha devastado la conciencia nacional española por más que se presentara con los ropajes del más exacerbado nacionalismo. Y así escribe Abellán en su prólogo, al explicar las motivaciones que lo han llevado a escribir esta obra: "Al poner las bases de una disciplina hasta ahora tradicionalmente descuidada, creo que estamos poniendo de relieve algunos de los motivos fundamentales de nuestras carencias colectivas. La falta de una historia del pensamiento español elaborada con una mínima solidez, con toda evidencia era un fallo en la constitución de nuestra personalidad colectiva como españoles. Es imposible una verdadera formación de nuestra personalidad ciudadana sin una comprensión —por mínima que sea— del sentido de la cultura española. Esta comprensión se ha sustituido muy habitualmente con la retórica y la demagogia nacionalistas, mientras en otras ocasiones ha brillado simplemente por su ausencia".

¿QUE ES ESPAÑA?

El propósito de Abellán se inscribe dentro de la tradición que pudiéramos llamar noventayochentista y regeneracionista, de preocupación por el destino nacional. No se vea en ello arcaísmo histórico; los acontecimientos que vivimos día a día muestran que el problema de España está lejos de archivarse y sigue siendo válida la vieja pregunta angustiada de Ortega, que Abellán retoma: "Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdidos entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, ésta como proa del alma continental? ¿Dónde está, decidme, una palabra clara, una sola

palabra radiante que pueda satisfacer a un corazón honrado y a una mente delicada, una palabra que alumbré el destino de España?". Y apostilla Abellán: "Si se olvida o desestima nuestro pasado, si las creencias colectivas se cuartejan y las escalas de valores tradicionales se tambalean, si los criterios más usuales de conducta y acción se relativizan, parece ineludible volver los ojos a nuestro pasado filosófico e intelectual para asegurar la continuidad de nuestra historia y encontrar orientaciones y estímulos en favor de una identidad nacional que nunca fue demasiado fuerte entre nosotros".

MISMIDAD, NO IDENTIDAD

Dentro de una coincidencia básica con el planteamiento de Abellán no quiero dejar de manifestar una cierta molestia que me produce su expresión "identidad nacional". Pienso que en el caso de Abellán se trata sólo de una cuestión terminológica, pues su libro nunca bordea el peligro nacionalista, la gran estupidez arcaica —y dañina— de nuestro tiempo. Entre paréntesis, si el nacionalismo de las naciones con Estado es un error anacrónico, el nacionalismo regionalista lo es doblemente.

No me gusta la expresión "identidad nacional", porque eso de las señas de identidad se ha convertido en el tópico agusanado de muchos planteamientos históricos torpones. Las señas de identidad de cualquier hijo de vecino son el gran santo y seña de la vida española. Quien no clame angustiado por sus señas de identidad parece que esconde algo sospechoso e inconfesable en su pasado. El gran insulto, la gran proscricción, que puede descalificar para todo a quien lo reciba, es carecer de señas de identidad. Por eso la gran consigna del momento es abalanzarse sobre una identidad segura, cierta y comprobable, notarial. Vano intento, porque la identidad es repetición imposible de un yo arcaico. Hay que denunciar la su plantación indecorosa de la mismidad, como raíz del ser personal e histórico, por el tóxico de la identidad. El hombre es una realidad cambiante, mudable, no



idéntica. Como ha escrito Aranguren, ser hombre no es coincidir consigo mismo. Pero, por otra parte, yo soy ahora el mismo que antes y que después. Lo que hay es una esencial mismidad del yo, que no es "identidad" en el sentido de las cosas o, aún más, de los objetos ideales. En definitiva, somos una singular mismidad, que no excluye la variación, sino que se nutre de ella.

TRADICION E INNOVACION

Esta es la cuestión y pienso que desde estos planteamientos —más allá de cuestiones terminológicas— se ha elaborado este trabajo de Abellán. Se trata, según propias palabras del autor, de "hacer pie en nuestra tradición, como el gigante Anteo volvía a la tierra para recuperar fuerzas", que "es lo que nos puede dar fortaleza para construir el futuro, porque el pasado, cuando se estudia críticamente, es hondamente liberador". Además, esta obra de Abellán se mueve en un ámbito de integración y no de exclusiones. El estudio de nuestra tradición intelectual sólo resulta fecundo históricamente cuando se hace desde un talante integrador que excluya todo parcialismo. "Siempre que se habla de tradición en España —escribe Abellán—, parece que las derechas se sienten llamadas con un sentido de monopolio y de propiedad exclusivistas. Por el contrario, las izquierdas —en su afán de renovación progresista— han colaborado a ese movimiento de monopolización con un impulso entreguista: su deseo de innovación total les ha llevado habitualmente a partir de cero y a hacer tabla rasa de nuestra historia". Y oportunamente trae a

colación un testimonio de Menéndez Pidal, que, en un análisis crítico de la cuestión, sentenciaba que el pesimismo histórico de las izquierdas constituía una manifiesta inferioridad de las mismas. "Con extremos partidistas

—escribió don Ramón—, abandonaron íntegra a los contrarios la fuerza de la tradición". Una tradición que, nos recuerda Abellán en este libro, incluye hechos tan considerables como el erasmismo, la doctrina antropológica y teológico-jurídica de la colonización americana, la teoría del Estado de la Contrarreforma, las múltiples elaboraciones del mito de Cristo, la idea del príncipe cristiano, los vitalismos de Unamuno y Ortega, el eticismo krausista del siglo XIX, el liberalismo anticolonialista y la actual crítica de la sociedad de consumo.

INDICE DE LA OBRA

"Historia crítica del pensamiento español" está prevista en

cuatro tomos, de los que han salido los dos primeros, en excelente edición, con gran riqueza de ilustraciones y de índices alfabéticos y bibliográficos. El primer volumen contiene un planteamiento metodológico de la obra y una introducción histórica al tema de la misma. El pensamiento romano, árabe y judío en España se estudia como un antecedente de lo que va a ser la filosofía en los primeros reinos cristianos, donde ya se esbozan los presupuestos sobre los que se va a conformar el futuro pensamiento español. El segundo tomo centra su atención sobre el siglo XVI y la llamada Edad de Oro con un planteamiento directo del problema de la existencia o no de un renacimiento filosófico español, al

ADIOS A LAS LETRAS

La década

NOS hemos reunido los columnistas de este país.

La cena no ha estado muy concurrida. No fue ni siquiera Josep Meliá, mi antiguo amigo, el que una vez confundió a Brskine Cadwell con Taylor Cadwell y nos dio por televisión un discurso literario totalmente apócrifo. No me acordé de recordárselo a los Reverte, cuando hicieron aquel famoso perfil del inclito secretario de Estado para la Información.

Javier Pradera le ha dado una buena reprimenda al secretario de Estado para la Información. No le ha dicho lo esencial, sin embargo; él estaba bien confundiendo escritores. Para confundir al público español estaba mucho mejor León Herrera y Esteban, a quien, por cierto, me encuentro de vez en cuando por la calle de Serrano llevando a ninguna parte un comunicado.

No fue casi nadie a la cena, digo, porque los columnistas de este país viajan mucho ahora. Llamamos a Capmany, a quien queríamos hacer nuestro decano, y nos encontramos que estaba en Argentina, seguramente buscándole seudónimo a Videla. Ya una vez le encontró uno a Fernando Abril Martorell —Fernando el caótico, le llamaba—, y tuvo un éxito tan feroz ante sí mismo, que luego no dejó de recordarnos que él había sido el autor del invento.

Tampoco fue Emilio Romero, que tenía una cena con José Ramón Alonso. Ambos pasaron la minuta a sus respectivos Ministerios, para que no sufrieran ni las arcas de Auger ni las de Clavero Arévalo. Los dos tomaron lo mismo: sopa de pescado de primero y pato a la naranja de segundo.

Quien sí estuvo fue Pazueto, que trajo recado de Haro Tecglen sobre la ausencia de éste, que veía entonces el drama *El alcalde de Zalamea* y

escribía una interpretación sobre el viaje de Tierno a Moscú. Los críticos de teatro siempre han tenido en la vida municipal una temática muy rica.

Manuel Vázquez Montalbán y Sixto Cámara asistieron, como un chorizo de Vich, embutidos en un solo cuerpo, con una única mirada, un solo puro —un Condal del 6, precisamente— y una obsesión fija: comer morteruelo. No había, por lo que rápidamente comisionamos a Rupérez, que entonces estaba en Cuenca en no sé qué ceremonia de desintoxicación y reposo, e hizo que algún ángel de la guarda de aquella tierra nos trajera al punto un morteruelo bien cocido.

Francisco Umbral estaba aquellos días en París, para cumplir su cita anual con el dentista de Jean-Paul Sartre, quien siempre le confunde con Cándido cuando alza la vista y cree ver delante de sí al mismo Rousseau con pantalones de Ermengildo Zegna. Cándido sí estuvo, acompañado esta vez de Nativel Preciado, que es una de las columnistas españolas que yo más aprecio, no sé si por sus ojos, por lo que escribe o porque se come los bolígrafos caros por la parte de atrás.

Mi redactor-jefe, Víctor Márquez, fue invitado para que contara qué le cuentan Antonio Garrigues y sus trilaterales sobre lo que va a ocurrir en este país en 1980. "Yo no me enteré de nada", dice el onubense, mientras daba fin a una bullabesa. Desde tierras alemanas, Joaquín Rábago envió un telegrama que Cristina Rubio nos transmitió: "Díganle a Arri que no vaya a ese mitin, que ha sido organizado por las SS del columnismo". Arri, mezclado con su novela, comentó haciendo una seña con su bolígrafo de oro: "Pero, ¿qué es lo que dice este tío?".

Murió el año, pero nosotros ya nos hemos cenado una década. ■ SILVESTRE CODAC.

que Abellán da una respuesta positiva, que justifica con un amplio tratamiento del tema del erasmismo en nuestro país. Una parte muy importante de este segundo tomo se dedica a la exposición de las reacciones intelectuales ante el descubrimiento de América. Otra parte del volumen se dedica a la llamada escolástica española y su función como núcleo doctrinal de la Contrarreforma. Se tratan detalladamente la Compañía de Jesús y el papel de los jesuitas en el Concilio de Trento, la formulación de la teoría cuantitativista en el orden económico, las aportaciones al desarrollo de la lógica, la polémica "de auxiliis" sobre la gracia y la libertad y la filosofía de Francisco Suárez. El pensamiento político del siglo XVI ha sido desgajado de este segundo tomo y su estudio se anuncia en el tercero, que tratará del Barroco y la Ilustración (siglos XVII y XVIII). El cuarto tomo está previsto sobre la Edad Contemporánea (siglos XIX y XX).

En resumen, nos encontramos ante un gran libro que habrá de tener a mano en la biblioteca para leer, releer, anotar, meditar y aprender. ■ P. F.

Sobre los vascos y por un vasco

JUAN Pablo Fusi Aizpurúa es un miembro destacado de la nueva generación de auténticos historiadores del proceso político y social que incidió sobre España en esa etapa que en nuestros colegios nos designaron como contemporánea. Es una generación que se une a aquellos que ya se han convertido para nosotros en clásicos, como Tuñón de Lara, García Venero, Carlos M. Rama, etcétera. Forma parte de quienes, en buena medida, se han visto desprovistos de la car-



Juan Pablo Fusi.

ga emocional que las condiciones políticas del franquismo han hecho incidir en otra cohorte de historiadores, tales como Tusell o Elorza. Juan Pablo Fusi se ha encontrado, por su edad y por su formación, en bastantes buenas condiciones para actuar con objetividad y desapasionadamente en las funciones de historiador. La circunstancia de poder preocuparse de España fuera de España —es director de un centro de estudios ibéricos en la Universidad de Oxford— le aporta la más eficiente de las posibilidades de estudiar la Historia española contemporánea.

Al analizar el problema vasco en la Segunda República (1), Fusi deja constancia de un juicio de valor que está lejos de ser compartido por algunos vascos, lo cual ni afirma ni niega su veracidad de que el País Vasco es una sociedad (y una nacionalidad) plural que, por serlo, necesita democracia política, plena toleran-

(1) Juan Pablo Fusi Aizpurúa. El problema vasco en la Segunda República. Ed. Turner, Madrid, 1979. 145 páginas.

cia cultural y una política de conciliación y entendimiento entre sus principales fuerzas políticas (y entre éstas y Madrid).

En lo que respecta al nacimiento del nacionalismo vasco, admite las dos tesis de que surgió como reacción ante la amenaza que para la identidad cultural vasca supusieron la industrialización y la inmigración masiva de trabajadores no vascos —"los maketos, suprema plaga, nuestros moros, chinos"... como los designara Sabino Arana— o que el Partido Nacionalista Vasco dio expresión política a la intranquilidad de las católicas clases medias ante la conflictividad laboral, la aparición de un fuerte movimiento socialista y la honda alteración social producida por la presencia de amplios núcleos de población ajenos a la idiosincrasia vascongada. Aunque todo ello sobre la base de la acusada conciencia particularista de la región agudizada por la abolición de los fueros. Por otro lado, reconoce que las divergencias entre las diversas fuerzas políticas que intervinieron en pro o en contra de la búsqueda de soluciones pa-

ra el País Vasco —recuerda que Euzkadi es un término acuñado a principios de siglo— tenían hondos raíces históricas y sociales que ver con el distinto grado de vasquización de las provincias vascas —¿y qué decir de Navarra?— como de su diferente castellanización, el hecho de no haber existido nunca una entidad política vasca independiente y la singularidad histórica de Navarra o la circunstancia de que algunas capitales vascas se convirtieran en el siglo XIX en centros de un liberalismo a la vez fuerista y españolista.

Pero la principal tesis que se deduce del libro de Fusi es que la frustración del Estatuto vasco durante la República se debió principalmente a la actitud del PNV, que no supo escoger a sus aliados, y que mantuvo unas desafortunadas actitudes, como, por ejemplo, su inicial alianza con los carlistas o el querer imponer en el Estatuto de Estella el reservar al gobierno autonómico resultante el monopolio de las relaciones con la Santa Sede, lo que, aparte de lo anecdótico, lo hacía entrar en contradicción con la tónica laicista de la Segunda República, y asignaba un carácter absolutamente anticonstitucional al proyecto. Igualmente, es pródigo en argumentos que avalan que ni la izquierda del País Vasco, ni la "democracia española" eran contrarias a la fórmula autonómica, y sí, por el contrario, muy favorables a ella. Opina que la incompreensión fue más importante por parte del nacionalismo vasco que por la de la izquierda española. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Rousseau o el disenso

EN el espacio mental del siglo XVIII, el camino de acceso a la inteligibilidad del mundo pasa no por el sentimiento, sino por la



BANCO ZARAGOZANO